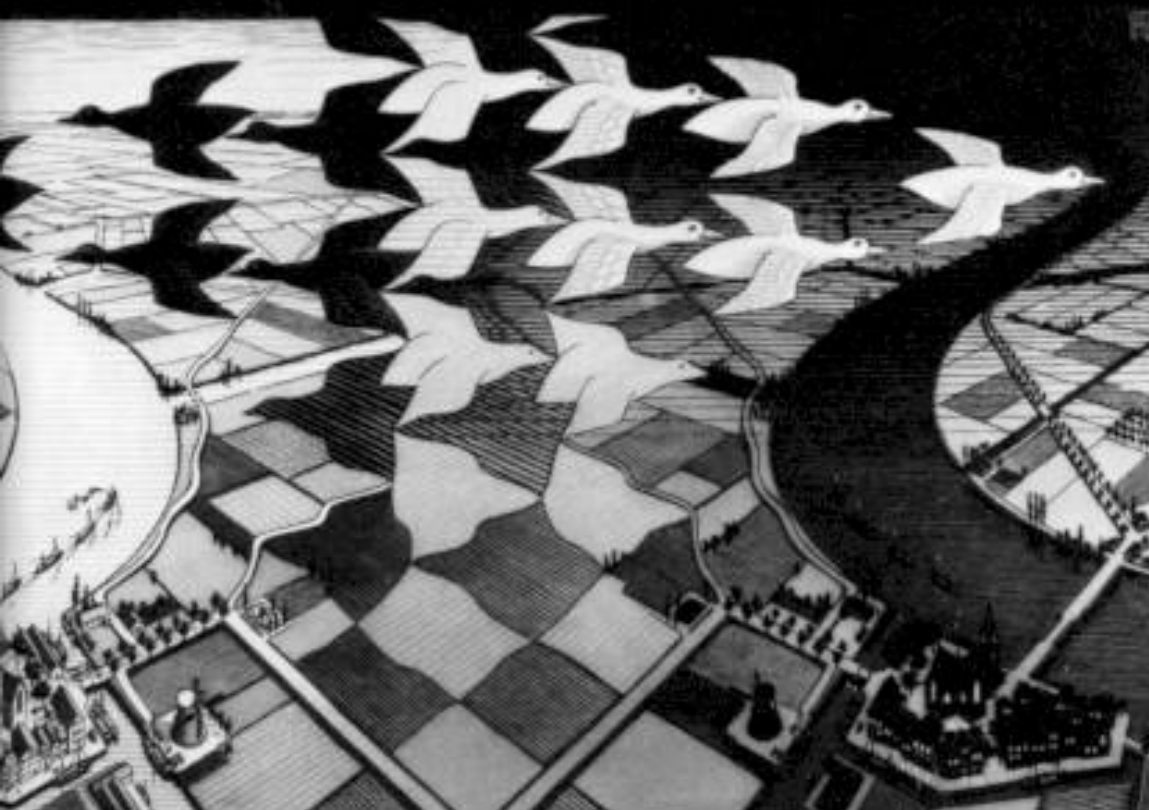


**KATE WILHELM**

**LA ESTACIÓN  
DEL  
CREPÚSCULO**



La familia Sumner lo tiene todo: varias granjas en un fértil valle, miembros en todas las profesiones técnicas y liberales que mantienen el contacto en las reuniones familiares, y una enorme fortuna a su disposición. Por ello, cuando estalla la crisis ecológica y comienzan las hambrunas y las epidemias, los Sumner pueden atrincherarse en su valle como en una nueva Arca de Noé, haciendo acopio de medios técnicos y humanos para esperar tiempos mejores mientras la civilización se derrumba a su alrededor.

Pero ni toda su fortuna puede hacer nada contra una cruel consecuencia de la catástrofe: todos los animales, así como los hombres y las mujeres, se han vuelto estériles. Como medida desesperada, los Sumner recurren a la clonación, en principio provisionalmente, hasta que se restablezca la fertilidad.

Sin embargo, el éxito del experimento multiplica el número de los clones hasta que éstos superan a los humanos supervivientes. Entonces se pone de manifiesto una consecuencia inesperada: los clones no sólo comparten una alta inteligencia, sino también una forma callada de comunicación... y la firme determinación de no ceder el paso a sus progenitores, sino reemplazarlos como la nueva especie dominante.

Kate Wilhelm obtuvo los premios *Hugo*, *Locus* y *Jupiter* con *La estación del crepúsculo*, posiblemente la mejor novela que ha dado el género sobre el tema de la clonación.

**PRIMERA PARTE:  
DONDE ANTAÑO CANTABAN LAS  
GENTILES AVES**

## 1

Lo que David siempre había detestado especialmente de las cenas de la familia Sumner era la costumbre que tenían todos de hablar de él como si no estuviera presente.

—¿Ha dejado de comer carne últimamente? Está pali-ducho.

—Lo mimas demasiado, Carrie. Si se niega a tocar la cena, no permitas que salga a jugar. Tú eras igual, sabes.

—Cuando yo tenía su edad, estaba tan robusto que podía talar un árbol con un machete. Éste no podría ni abrirse paso en la niebla.

David se imaginaba que era invisible y flotaba inadvertido sobre sus cabezas mientras discutían sobre él. Alguien preguntaba si ya se había echado novia, y chasqueaba la lengua con desaprobación tanto si la respuesta era afirmativa como negativa. Desde su atalaya apuntaba con una pistola de rayos al tío Clarence, quien le caía especialmente mal por ser gordo, calvo y muy rico. Al tío Clarence le gustaba mojar sus galletas en la salsa, o en sirope, o la mayoría de las veces en una mezcla de sorgo y mantequilla que removía en su plato hasta conferirle el aspecto de caca de bebé.

—¿Todavía piensa hacerse biólogo? Debería matricularse en la escuela de medicina y trabajar con Walt en la consulta.

Apuntaba con su pistola de rayos al tío Clarence, dibujaba un gran tapón en su estómago y lo extraía con cuidado, y el tío Clarence se desinflaba por la abertura y salía volando por encima de las cabezas de todos.

—David. —Se sobresaltó, alarmado, antes de recuperar la compostura—. David, ¿por qué no sales a ver qué están haciendo los demás niños? —Aquella voz plácida pertene-

cía a su padre, que en realidad quería decir: ya está bien. Después de lo cual su mente colectiva pasaba a concentrarse en cualquier otro integrante de su progenie.

Cuando David se hizo mayor, aprendió las complejas relaciones que se limitaba a aceptar de pequeño. Tíos, primos, primos segundos, primos terceros. Y los miembros honorarios: los hermanos y padres de quienes habían entrado en la familia por la vía del matrimonio. Allí se daban cita los Sumner, los Winston, los O'Grady, los Heineman, los Meyer, los Capek y los Rizzo, todos ellos parte del mismo río que fluía por el fértil valle.

Recordaba sobre todo las vacaciones. La antigua casa de los Sumner era un laberinto compuesto de numerosos dormitorios en la planta de arriba y un ático con el suelo cubierto de colchones, catres para los niños, con un ventilador enorme en la ventana que daba al oeste. Siempre había alguien comprobando que no se hubieran asfixiado todos en aquel ático. Los niños mayores supuestamente tenían que vigilar a los más pequeños, pero lo que hacían en realidad era aterrorizarlos una noche sí y otra también con cuentos de fantasmas. Al final el nivel de ruido se hacía tan insoportable que debía intervenir algún adulto. El tío Ron remontaba la escalera pesadamente y se producía una estampida, con risitas contenidas y grititos ahogados, hasta que todo el mundo volvía a encontrar una cama, de modo que para cuando encendía la luz del pasillo que alumbraba tenuemente el ático, parecía que todos los niños estuvieran durmiendo. Se quedaba un momento en el umbral antes de cerrar la puerta, apagar la luz y trapalear escaleras abajo, aparentemente sordo al renovado jolgorio que estallaba a su espalda.

Siempre que subía la tía Claudia, era como una aparición. En un momento volaban las almohadas, lloraba alguien, alguien más intentaba leer a la luz de una linterna, varios chicos jugaban a las cartas alumbrados por otra, algunas de las chicas formaban un corrillo para susurrarse lo

que debían de ser suculentos secretos, a juzgar por cómo se sonrojaban y la cara de desesperación que ponían si se les acercaba algún adulto de repente, y entonces se abría la puerta de golpe, caía la luz sobre el desorden, y allí estaba ella. La tía Claudia era muy alta y delgada, tenía la nariz demasiado grande, y su permanente bronceado le confería el color del cuero viejo. Se quedaba allí de pie, quieta y siniestra, y los niños gateaban de regreso a sus camas sin decir ni pío. No se movía hasta que todo el mundo había vuelto al lugar que le correspondía, después de lo cual cerraba la puerta sin hacer ruido. El silencio se hacía eterno. Quienes estaban más cerca de la entrada contenían el aliento, intentando escuchar sonidos de respiración al otro lado. Al final siempre había alguien que le echaba el valor necesario para abrir un poquito la puerta, y si la tía Claudia realmente se había marchado, se reanudaba la fiesta.

David tenía los olores de las vacaciones grabados en la memoria. Todas las fragancias de costumbre: tartas de fruta y pavos, el vinagre que se le echaba al tinte para los huevos de Pascua, las verduras y el humo denso y espeso de las velas de bayas de laurel. Pero lo que mejor recordaba era el olor de la pólvora con que celebraban todos la fiesta del 4 de julio. Aquel olor que les impregnaba el cabello y la ropa perduraba durante días y más días en las manos; manos teñidas de un negro amoratado por la recolección de bayas. Aquellos colores y olores formaban una de las imágenes indelebles de su niñez. Con ella se mezclaba el olor del azufre con que los espolvoreaban a discreción para ahuyentar a las garrapatas.

De no haber sido por Celia, su infancia habría sido perfecta. Celia era su prima, la hija de la hermana de su madre. Tenía un año menos que David y era la más guapa de todas sus primas, sin discusión. Cuando eran muy pequeños prometieron casarse algún día, pero al crecer y quedar perfectamente claro que jamás habría ninguna boda entre primos en aquella familia, se convirtieron en enemigos implaca-

bles. No sabía cómo se lo habían explicado. Estaba seguro de que nadie lo había expresado nunca con palabras, pero lo sabían. Después de aquello, si no podían evitar verse, se peleaban. Celia lo empujó del henil y le rompió el brazo cuando él contaba quince años de edad, y cuando tenía dieciséis fueron peleándose a brazo partido desde la puerta trasera de la granja de los Winston hasta la valla, a cincuenta o sesenta metros de distancia. Se arrancaron la ropa mutuamente; David acabó con la espalda ensangrentada a causa de las uñas de Celia, que a su vez se había herido el hombro con una roca. Entonces, de alguna manera, en medio de su rodar por el suelo y su feroz frenesí, la mejilla de David aterrizó en el torso desnudo de Celia, y dejó de luchar. De repente se transformó en un idiota incoherente, balbuceante y lloroso, momento que ella aprovechó para pegarle en la cabeza con una piedra y poner fin a la pelea.

Hasta aquel instante la batalla había transcurrido casi en absoluto silencio, truncado únicamente por jadeos sin aliento y palabrotas que hubieran consternado a sus padres. Pero cuando Celia le golpeó y él se quedó inmóvil, no inconsciente, sino aturdido, apático, inerte, la chica gritó, rindiéndose al terror y la angustia. La familia salió dando tumbos de la casa como los dados de un cubilete, y lo primero que debieron de pensar fue que la había violado. Su padre se lo llevó al granero, presumiblemente para molerlo a palos. Pero una vez allí el hombre, cinturón en mano, lo miró con una curiosa expresión, mezcla de rabia y compasión. No le puso la mano encima, y sólo después de que se diera la vuelta y se fuera comprendió David que seguían rodándole lágrimas por la cara.

En la familia había granjeros, unos pocos abogados, dos médicos, agentes de seguros, banqueros y molineros, ferreteros y otros tenderos. El padre de David era dueño de unos grandes almacenes que abastecían a la clientela de clase media alta residente en el valle. Valle que era rico a su vez, con grandes y suntuosas haciendas. David siempre ha-

bía supuesto que la familia, a excepción de unos pocos ganapanes, tenía mucho dinero. Su pariente favorito era Walt, el hermano de su padre. Todos lo llamaban doctor Walt, nunca tío. Jugaba con los niños y les enseñaba cosas de adultos, como dónde pegar si de verdad se quería hacer daño, o dónde no golpear en una trifulca entre amigos. Parecía haber aprendido cuándo dejar de tratarlos como a chiquillos mucho antes que ningún otro miembro de la familia. El doctor Walt era el motivo de que David hubiera decidido a muy temprana edad consagrarse a la ciencia.

David tenía diecisiete años cuando se matriculó en Harvard. Su cumpleaños era en septiembre y no fue a casa a celebrarlo. Cuando volvió al fin, por Acción de Gracias, y el clan se hubo reunido, el abuelo Sumner sirvió los habituales martinis previos a la cena y le entregó uno. Y el tío Warner le dijo:

—¿Qué piensas tú que deberíamos hacer con Bobbie?

Había llegado a ese misterioso cruce de caminos que nunca aparece delineado con la claridad suficiente para verlo con antelación. Dio un sorbo de martini, sin que le gustara especialmente, con la certeza de que su infancia había llegado a su fin, y se sintió hondamente triste y solitario.

Las Navidades en que David tenía veintitrés años le parecían desenfocadas. El escenario era el mismo de siempre: el ático lleno de niños, el olor a comida, la nieve; nada había cambiado, pero lo veía todo desde una nueva perspectiva y no era el mismo país de las maravillas de antes. Cuando sus padres se fueron a casa él se quedó en la granja de los Winston un par de días, esperando la llegada de Celia. La joven se había perdido la celebración del día de Navidad, atareada como estaba con los preparativos de su inminente viaje a Brasil, pero se presentaría, le había asegurado la abuela Winston, y David aguardaba su visita, sin entusiasmo ni expectativas de gratificación alguna, sino con una



rabia creciente que le impulsaba a merodear por la vieja casa como un crío castigado por pecados ajenos.

Cuando Celia apareció en casa y David la vio allí de pie, con su madre y su abuela, su enfado se derritió. Era como verla en una distorsión temporal, tal y como era y sería, o como había sido. Su pelo rubio no cambiaría gran cosa, pero sus huesos se volverían más prominentes y la casi total inexpresividad de sus rasgos se trocaría en un diáfano mensaje de preocupación, de amor, de generosidad, de ser decididamente ella misma, de una fuerza insospechada en su delicado cuerpo. La abuela Winston era una señora atractiva, pensó maravillado, asombrándose de no haber reparado antes en su belleza. La madre de Celia era aún más bella que la chica. Y vio también el parecido con su propia madre en aquel trío. Sin palabras, derrotado, se dio la vuelta, encaminó sus pasos hacia la parte posterior de la casa y se puso una de las pesadas chaquetas de su abuelo porque ahora no le apetecía verla en absoluto y su ropa de abrigo estaba en el vestíbulo de la entrada, demasiado cerca de donde se encontraba ella.

Anduvo largo rato, sin ver apenas en el atardecer helado, sacudiéndose de vez en cuando si veía que el frío estaba metiéndosele en los zapatos o congelándole las orejas. Debería volver, pensó más de una vez, pero siguió caminando. Y descubrió que estaba remontando la cuesta que conducía al antiguo bosque al que lo llevara su abuelo una vez, hacía mucho tiempo. La subida le hizo entrar en calor, y al anochecer llegó bajo las ramas de las hileras de árboles que estaban allí desde el alba de los tiempos. Ellos u otros idénticos a ellos. Esperando. Aguardando eternamente el día en que habrían de reanudar el ascenso de la escala evolutiva. Allí estaban las reliquias que su abuelo había querido enseñarle. Había una alesia desarrollada hasta alcanzar el tamaño de un árbol grande, cuando al pie de las laderas, en los confines inferiores, aquella planta nunca pasaba de

ser un arbusto. El tilo blanco crecía junto a la cicuta y el nogal, y las hayas y los falsos castaños se daban de la mano.

—David. —Se detuvo y aguzó el oído, convencido de haberse imaginado aquella voz, pero la escuchó de nuevo —. David, ¿estás ahí?

Se giró entonces y vio a Celia entre los troncos colosales. La joven tenía las mejillas encendidas a causa del frío y la caminata cuesta arriba; sus ojos eran del mismo color azul que la bufanda que llevaba puesta. Se detuvo a dos metros de él y abrió la boca para hablar nuevamente, pero no dijo nada. En vez de eso se quitó un guante y acarició el suave tronco de un haya.

—El abuelo Winston también solía traerme aquí arriba, cuando tenía doce años. Para él era muy importante que comprendiéramos este lugar.

David asintió con la cabeza.

Celia fijó la mirada en él.

—¿Por qué te has ido así? Todo el mundo cree que nos vamos a pelear otra vez.

—A lo mejor.

La muchacha sonrió.

—Lo dudo. Nunca más.

—Deberíamos empezar a bajar. Oscurecerá dentro de nada. —Pero no hizo ademán de moverse.

—David, intenta que madre abra los ojos, ¿quieres? Tú sabes que me tengo que ir, que debo hacer algo, ¿verdad? Te considera tan listo. A ti te hará caso.

David se rió.

—Piensan que tengo la inteligencia de un cachorro.

Celia sacudió la cabeza.

—A ti te escuchan. A mí me tratan como si fuera una niña y siempre lo harán.

David meneó la cabeza a su vez, sonriendo, pero enseguida volvió a ponerse serio y dijo:

—¿Por qué te marchas, Celia? ¿Qué intentas demostrar?

—Maldita sea, David. Si no lo entiendes tú, ¿quién va a hacerlo? —Inspiró profundamente y añadió—: Mira, lees los periódicos, ¿no? La gente se muere de hambre en Sudamérica. La mayor parte de su territorio habrá llegado al borde de la inanición antes de que termine esta década si no reciben ayuda casi inmediatamente. Además, nadie ha investigado como es debido los métodos de cultivo tropicales. Prácticamente nadie. Todo ese suelo es laterítico y allí nadie sabe cómo tratarlo. Llegan y queman los árboles y el monte bajo, y dentro de dos o tres años tendrán un desierto cocido por el sol tan duro como el hierro. Vale, mandan aquí a algunos de sus jóvenes estudiantes más brillantes para que aprendan las técnicas agrícolas modernas, pero van a Iowa, o a Kansas, o a Minnesota, o a cualquier otro sitio igual de estúpido, y estudian métodos de cultivo adecuados para climas templados, no tropicales. Pues bien, nosotros hemos practicado los métodos de cultivo tropicales y vamos a empezar a dar clases allí, sobre el terreno. Para eso he estado estudiando. Con este proyecto conseguiré el doctorado.

Los Winston eran agricultores, siempre lo habían sido. «Guardianes del suelo», había dicho una vez el abuelo Winston, «no sus propietarios, sino simples guardianes».

Celia se agachó, removió las hojas apelmazadas y el barro de la superficie, y se enderezó con la mano llena de tierra negra.

—La hambruna está propagándose. Carecen de tantas cosas. ¡Y yo tengo tanto que ofrecer! ¿Es que no te das cuenta? —exclamó. Cerró la mano con fuerza, prensando la tierra en una pelota que se desmenuzó cuando abrió el puño y tocó el terrón con el índice. Dejó que los restos cayeran de su mano y, con cuidado, volvió a colocar el manto de hojas sobre el punto descubierto.

—Me has seguido para despedirte, ¿verdad? —dijo de repente David, con voz ronca—. Esta vez realmente es un

adiós, ¿no? —Se quedó mirándola, y Celia asintió despacio con la cabeza—. ¿Hay alguien en tu grupo?

—No lo sé, David. Es posible. —Inclinó la cabeza y empezó a ponerse el guante—. Creía estar segura. Pero al verte en el pasillo, al ver la expresión de tu cara cuando entré... Entonces me di cuenta de que no lo sé.

—¡Celia, escúchame! ¡No hay ningún defecto hereditario que pudiera salir a la superficie! ¡Maldita sea, tú lo sabes! Si los hubiera, no tendríamos descendencia y punto, pero es que no existe ningún motivo. Lo sabes, ¿verdad?

La muchacha asintió con la cabeza.

—Lo sé.

—¡Por el amor de Dios! Ven conmigo, Celia. No hace falta que nos casemos de pronto, dejemos que se acostumbren primero a la idea. Lo harán. Siempre lo hacen. Nuestras familias se adaptan a todo. Celia, te quiero.

La joven giró la cabeza, y David vio que estaba llorando. Se frotó las mejillas con el guante, después con la mano desnuda, dejándose sucios churretes. David la atrajo hacia él, la abrazó y le besó las lágrimas, las mejillas, los labios, sin dejar de repetir:

—Te quiero, Celia.

Por fin ella se apartó y empezó a bajar la pendiente, con David tras sus pasos.

—Ahora mismo no puedo tomar una decisión. No sería justo. Debería haberme quedado en casa. No tendría que haberte seguido aquí arriba. David, me he comprometido a partir dentro de dos días. No puedo ir ahora y decir que he cambiado de opinión. Es importante para mí. Para esas personas. No puedo decidir dejar de ir, sin más. Tú te pasaste un año en Oxford. Yo también tengo algo que hacer.

David le agarró el brazo y la sujetó, impidiéndole que siguiera adelante.

—Dime nada más que me quieres. Dilo, sólo una vez, dilo.

—Te quiero —declaró Celia, muy lentamente.

—¿Cuánto tiempo pasarás fuera?

—Tres años. He firmado un contrato.

David se quedó mirándola, sin dar crédito a sus oídos.

—¡Cámbialo! Que sea un año. Para entonces yo ya me habré graduado. Puedes dar clases aquí. Que vengan a ti sus jóvenes estudiantes más brillantes.

—Tenemos que volver, de lo contrario enviarán una partida de búsqueda a por nosotros —respondió Celia—. Intentaré cambiarlo —susurró—. Si puedo.

Se fue dos días más tarde.

David celebró la Nochevieja en la granja de los Sumner, con sus padres y una horda de tíos y primos. El día de Año Nuevo, el abuelo Sumner hizo un anuncio.

—Vamos a construir un hospital en Bear Creek, a este lado del molino.

David parpadeó. Eso estaba a casi dos kilómetros de la granja, a casi dos kilómetros de cualquier parte.

—¿Un hospital? —Miró a su tío Walt, que asintió con la cabeza.

Clarence estudiaba su ponche de huevo con expresión agria, y el padre de David, el tercero de los hermanos, observaba atentamente las volutas de humo que expulsaba su pipa. David comprendió que todos lo sabían.

—¿Por qué aquí arriba? —preguntó, al cabo.

—Será un hospital de investigación —dijo Walt—. Enfermedades genéticas, defectos hereditarios, cosas así. Doscientas camas.

David sacudió la cabeza con incredulidad.

—¿Os imagináis cuánto costaría algo así? ¿Quién va a financiarlo?

Su abuelo soltó una carcajada desprovista de humor.

—El senador Burke ha tenido la amabilidad de concedernos una subvención federal —dijo. Su voz adquirió un tono más cáustico—. Y yo he persuadido a algunos miembros de la familia para que contribuyan al fondo común en la medida de lo posible. —David miró de reojo a Clarence,

que parecía azorado—. El terreno lo pongo yo —continuó el abuelo Sumner—. Y así, de aquí y de allá, vamos sacando apoyos.

—Pero, ¿por qué accedería Burke a hacer algo así? No has votado por él ni una sola elección en toda su vida.

—Le dije que sacaríamos a la luz muchas cosas que nos estamos callando, que respaldaríamos a la oposición. Si era obediente, tendría nuestro apoyo, y la familia ha crecido mucho de un tiempo a esta parte, David. Ha crecido una barbaridad.

—Bueno, me quito el sombrero —dijo David, sin creérselo todavía del todo—. ¿Vas a renunciar a la consulta para dedicarte a la investigación? —le preguntó a Walt.

Su tío asintió. David apuró su copa de ponche de huevo.

—David —dijo Walt en voz baja—, queremos contratarte.

Levantó la cabeza de golpe.

—¿Por qué? No me dedico a la investigación médica.

—Ya sé cuál es tu especialidad —respondió Walt, sin subir el tono—. Queremos que desempeñes labores de asesor, y que más adelante dirijas un departamento de investigación.

—Pero si ni siquiera he terminado mi tesis aún —dijo David, que se sentía como si acabara de caer en una jaula de grillos.

—Te queda otro año de trabajar como una mula para Selnick y ya irás escribiendo la tesis, a ratos. La podrías acabar en un mes, ¿verdad?, si tuvieras tiempo. —David asintió a regañadientes—. Lo sé —dijo Walt, con una ligera sonrisa—. Crees que te estamos pidiendo que renuncies a la carrera de tu vida por un sueño imposible. —No quedaba ni rastro de su sonrisa cuando añadió—: Pero, David, creemos que esa vida no serán más de dos años, cuatro a lo sumo.

## 2

David miró de su tío a su padre, a los otros tíos y primos repartidos por la habitación, y finalmente a su abuelo. Sacudió la cabeza con desesperación.

—Es una locura. ¿De qué estáis hablando?

El abuelo Sumner dejó escapar una explosión de aliento. Era un hombre corpulento de torso gigantesco y grandes bíceps abultados. Sus manos eran lo bastante grandes como para sujetar una pelota de baloncesto con cada una. Pero el rasgo más impresionante era su cabeza. Era la cabeza de un gigante, y pese a haber trabajado en el campo muchos años, antes de supervisar la labor de otros que lo hicieran por él, siempre había encontrado tiempo para leer más que cualquier otra persona que David conociera. Nadie era capaz de mentar ningún libro, al margen de los éxitos de ventas actuales, cuya existencia él no conociera, o no hubiera leído. Y recordaba lo que leía. Sus estanterías estaban mejor surtidas que muchas bibliotecas públicas.

Se inclinó hacia delante y dijo:

—Escúchame, David. Presta atención. Te aseguro que el condenado gobierno todavía no se atreve a admitirlo, pero nos encontramos al borde de una avalancha que va a enterrar esta economía, y la de cualquier otra nación de la Tierra, bajo una pila de escoria inimaginable.

»Sé reconocer las señales, David. La contaminación va a pasarnos factura antes de lo que la gente se piensa. Nunca había habido tanta radiación en la atmósfera desde lo de Hiroshima: realizan ensayos los franceses, realizan ensayos los chinos. Fugas. Sabe Dios de dónde saldrá todo esto. Llegamos al crecimiento de población cero hace un par de años pero, David, ésa era nuestra intención; otros países van por el mismo camino, y ni siquiera lo intentan. Una